

El remate en montería

SI TENEMOS LA MALA SUERTE DE DEJAR HERIDA UNA RES TENDREMOS QUE REMATARLA. A VECES SERÁ DE UN TIRO, PERO LA MAYORÍA, SOBRE TODO SI HAY PERROS CERCA, NOS TOCARÁ UTILIZAR EL CUCHILLO DE REMATE. HE AQUÍ ALGUNOS CONSEJOS EN FUNCIÓN DE LAS CIRCUNSTANCIAS.

Manuel MIALDEA LOZANO



Llegado el momento, no hay que dudar. Hay que entrar al remate con decisión.

Si seguimos una secuencia cronológica de los acontecimientos en una montería, tras haber compuesto el campo al llegar al paso y jugado el lance en condiciones, ahora sólo nos pueden pasar tres cosas: que fallemos la res con más o menos excusas, tanto da. La segunda posibilidad y la que todos buscamos es dejar frito el bicho en cuestión. Jugar un lance limpio, rápido, y dentro de lo posible, indoloro. Por supuesto la tercera posibilidad es que pinchemos la res dejándola herida.

Si el tiro es "sucio" habremos de proceder al cobro y pisteo una vez acabado el monteo –cuestión que merece capítulo aparte–, pero si es lo suficientemente grave nos encontraremos con una res que está sufriendo y nuestro deber es quitarla de bregar lo antes posible. ¡Nada de fotitos espectaculares de cochinos o venados encampanados que nos miran asustados o desafiantes! Matar rápido y a otra cosa, al fin y al cabo, el lance, lo verdaderamente importante y que todos buscamos, ha concluido... ¿O no?, porque si tenemos que rematar, el lance continúa en toda su intensidad.

Sucintamente se trata de esto, de cómo rematar, pero hay un par de cuestiones a considerar antes de entrar en faena.

En primer lugar, y esto es cosa que sólo los más veteranos habrán notado, los perros agarran cada vez menos y únicamente algunos rehaderos de casta no renuncian a tener perros de fuerza en sus recovas. Quieren los orgánicos y los monteros de pago, y no les falta parte de razón, que las reses salten para que las tiren las escopetas y para eso no interesa que, sobre todo los cochinos viejos, se dejen agarrar en el monte.

Lo que no saben estos monteros es que no todos les llegarán a sus puestos aún en el supuesto de que los perros los ladren y hagan levantarse a estos catedráticos, porque si no se sienten presionados manu militari, se marotearán y perderán en el monte sin dar la cara a las posturas. Por cada marrano que se deja la piel en un agarre dos serán forzados a romper a las armadas. En cambio, si no hay codicia en los perros y no acosan de firme, lo más fácil es que el cochino se vuelva o se quede en el encame. ¿Pueden creer que he vivido estos últimos años casos en que los perros se han aburrido de ladrar y han dejado al marrano en el encame?

Para que un cochino grande rompa con franqueza habrá de ser acosado y mordido, y si en el proceso resulta agarrado, pues eso es lo que hay. Ojo, ¡aún estamos hablando de reses sin tirar pero que igualmente habremos de rematar si son agarradas en nuestra jurisdicción, pues no siempre el perrero está cerca!

No olvidemos ni por un momento que tan "nuestra" es la res muerta a hierro como la abatida a tiros siempre que no venga herida, sólo que en el primer caso hay que "querer" –por llamarlo suavemente–, poder y saber.

En segundo y último lugar y muy ligado al primero es consecuencia de lo lejos que se tiran las reses: a más distancia peor colocadas irán las balas y más reses heridas se quedarán en nuestro tiradero. Como están tan alejadas lo suyo es buscar un buen apoyo y acabar con ellas de un tiro, pero mucho cuidado: es muy fácil que haya perros alrededor, y encelados en hacer puntería, pudiéramos no reparar en ellos. Extrememos pues el cuidado y no olvidemos la gran máxima de la montería: ¡Los perros son lo primero. Lo demás viene por añadidura!

Hechas estas dos acotaciones vamos a lo sustancial. Independientemente de la especie que vayamos a rematar, ¿lo hacemos con el rifle o con el cuchillo? La respuesta debería ser clara y contundente, sobre todo para los puristas, aunque cada vez más en desuso: siempre a cuchillo. Pero como hay excepciones las citaré rápidamente para centrarnos en lo fundamental.

CUÁNDO REMATAR CON UN TIRO. Remataremos con un tiro si la res está tan lejos que llegar a ella redundaría en prolongar inútilmente el sufrimiento del bicho. De igual modo, y aunque esté cerca, lo haremos cuando el terreno sea tan frágil o imposible de sortear que pasaría lo expuesto más arriba. Este es el caso típico de tener un río crecido de por medio o estar subido en un peñasco y ba-

jar sería peligroso y lento. Quede claro que he dicho río y peñasco, no arroyuelo y peñasquete.

El tercer caso en que se justifica el uso del rifle es cuando sentimos llegar los perros y sabemos que en cuestión de segundos será agarrado. La opción de que en caso de ser un marrano bueno, nos guste el cuchillo y dejemos que lo agarren, es perfectamente lícita: el jabalí, como el toro de lidia, merece morir peleando y tener un fin digno de su bravura. Al montero el valor se le supone, que ya es mucho suponer, puesto que llegará el caso en que no tenga más remedio que tirar de acero lo quiera o no. O eso o quedar como un ¿"cuidadoso"?

Doy por sentado que todo lo anterior no rige para personas impedidas o que por su edad no deban meterse en berenjenales.

Estoy seguro de que muchos de ustedes habrán pensado: "¡Éste va de valiente por la vida o simplemente le gusta jugársela!" Pues no, señores, en montería ya está todo inventado y rematar a cuchillo tiene todo el sentido. Pegar tiros vuelve reses que pueden cumplirnos a nosotros o al compañero y en ningún sitio está escrito que debamos dejar el arma en el puesto. Es más, debemos llevarla y, o dejarla cerca del agarre y hacer uso de ella si las cañas se tornan lanzas. ¡Ay si yo contara las reses que he cobrado al ir o volver de un agarre!

Dejémonos ya de gaitas y vamos al asunto: ya tenemos la res agarrada y tenemos que entrar al remate a cuchillo. Si el bicho no está bien sujeto lo mejor es esperar a que lleguen más perros, sea una inocente chota o el más hermoso de los macarenos.

LAS CUATRO REGLAS BÁSICAS. Veamos ahora qué debemos hacer en función de si la res apresada sea una cierva, un venado, una cochina o un navajero. ¿La respuesta? exactamente lo mismo. Solo diré una cosa, personalmente le temo más a la afilada pezuña de una "pepa" que a las acerdadas navajas de un cochino, y si existieran estadísticas me darían la razón, pero como no existen pregunten a guardas y perreros.

Curiosamente exponer los 4 axiomas a observar en todo agarre será lo que menos espacio nos ocupe. Así de claras están las cosas, y las llevaremos a cabo aunque tengamos que dar la vuelta por Dinamarca.

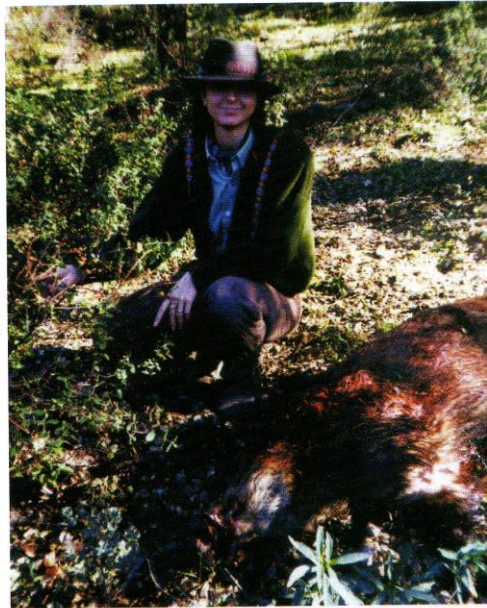
Primero, entraremos siempre con el aire en la cara. De lo contrario la res nos venteará y si puede romperá la parada.

Segundo, entraremos siempre de arriba hacia abajo. El bicho está herido y acosado y difícilmente nos acometerá cuesta arriba, y aunque así sucediere nuestra espantada será más fácil.

Tercero, entraremos siempre en el máximo silencio y así permaneceremos hasta el último momento y sólo para animar a los perros si por ventura estos conocen nuestra voz. Por eso los perreros rematan tan "fácil". Un truco que he utilizado a veces si los canes no me conocen ha sido permanecer un buen rato cerca del jaleo para que se acostumbren a mi olor y presencia. Lo peor que nos puede pasar es que en el momento clave de pinchar los perros suelten y nos dejen vendidos.

Cuarto y último, siempre, llegado el momento, no dudar y entrar al remate con decisión. Una cuchillada mal dada solo conseguirá que el bicho haga por nosotros.

Hay muchas teorías sobre cómo clavar y ninguna se parece a lo que se ve en las películas. Eso de acuchillar de arriba abajo descargando un hachazo no sirve porque



Lo de este navajero –no se aprecian bien en la foto sus largas y afiladas cuchillas–, cobrado en Bocero Bajo en el 93, tuvo su guasa. Tuve que tirarlo de cara y con los perros comiéndoselo, quedando con mucha vida. Como lo agarraron de cara y en el momento intenté rematarlo a cuchillo pero los canes lo soltaban en cuanto me acercaba. Cuando el perrero lo pincho se le partió el cuchillo y el marrano se salió del gajorro donde estaba y le pegó a Isa una carrera de padre y muy señor mío. Ya se me hincharon las narices y le pedí al podenquero que foreara los animales a mi aviso. Yo me situé a un par de metros y en cuanto que se abrieron lo fulminé de un tiro.

LA GESTIÓN CINEGÉTICA EN EL NORTE

Rafael González Muñiz

Finalizada la temporada jabalinera en el norte peninsular es el momento de hacer balance, y este no puede ser muy positivo, sobre todo en Asturias, donde muchas sociedades de cazadores están al borde de la quiebra asfixiadas económicamente por un reglamento de daños abusivo que las convierte en un filón económico para ganaderos y agricultores. A éstos les resulta mucho más rentable reclamar los daños ocasionados por corzos y jabalíes en los árboles frutales de los primeros y en las cosechas de maíz, patata y "fabas" de los segundos, que sacar adelante la cosecha.

Ante este panorama muchas sociedades optaron por la prevención y se gastaron una parte del presupuesto en medidas preventivas adquiriendo pastores eléctricos y entregándolos a los agricultores.

En algunos casos de nada han servido. Además del gasto del pastor eléctrico siguen abonando daños en esos terrenos. Especialmente sangrantes son los casos de la sociedad de cazadores de Pravia, a la que un juez ha condenado a pagar más de 12.000 euros por los daños ocasionados por los corzos en una plantación de arándanos. Algo similar ocurre en Villaviciosa, donde los corzos hacen auténticos estragos con los manzanos.

Ante estos gastos desproporcionados por daños a los que se tienen que añadir guardería, seguros de accidentes, etc. muchas sociedades optaron por ejercer más presión sobre la caza, fundamentalmente sobre los jabalíes, consiguiendo que los daños disminuyan pero también la caza, y claro, solucionamos un problema pero creamos otro aún mayor. Al final el cazador quiere caza, si hay caza tiene que haber daños y si hay daños tenemos que pagarlos.

La conclusión de todo esto es que no se puede cazar por 400 euros anuales y disfrutar de más de 20 batidas de jabalí, ni tampoco se puede pretender que los cazadores seamos los responsables de todo lo que ocurre en el campo.

Al final el resultado es una situación económica inasumible y que irremediamente va a desembocar en la renuncia a la gestión cinegética de muchas sociedades de cazadores, con todo lo que eso conlleva.

El futuro pasa inevitablemente por conjugar de forma equilibrada la gestión cinegética con un modelo que nos permita afrontar el futuro con garantías y por supuesto por un reglamento de daños coherente a lo que los tiempos demandan y además por la mentalización de los cazadores, que de una vez por todas tenemos que ser conscientes de la necesidad de ver la caza como una actividad de ocio y como tal debemos pagar por ello. De lo contrario negro, muy negro se presenta el futuro.



Los perreros calañeses Manuel y Rafael Palacios, a los que acompaña su padre, con los tres cochinos que ese día remataron a cuchillo. Si el perrero está cerca, mejor que sea él quien remate, pues está más acostumbrado y los perros le conocen, siendo más difícil que suelten la res. Pero si está lejos y el animal está haciendo daño a la rehala, hay que rematar a cuchillo.



LENGUAJE PERRERO

Alfonso Aguado Puig

En este artículo quiero hacer alusión, brevemente, al modo en que se expresan nuestros perreros o podenqueros cuando hablan de sus canes, sin perder de vista que cada zona tiene sus particulares términos y acentos.

Esa especialidad se manifiesta no sólo en el vocabulario, sino que va intrínsecamente unida a una actitud apasionada ante todo lo relacionado con los perros de su rehala.

Dentro del gremio podenquero hay de todo en cuanto a expresividad. A mí personalmente me agradan los comentarios de los que habitualmente no hablan mucho, porque suelen pensar bien lo que van a decir, y cuando lo hacen, suelen dictar "sentencias". La verdad es que me acaba de salir una regla de aplicación a muchos aspectos de la vida.

Durante las monterías todos les oímos vocear cuando sueltan sus perros y cuando los llaman de recogida, pero lo que constituye una verdadera delicia es hablar con algunos de ellos preguntándoles por un perro en concreto.

Esto le ocurrió a un montero que, haciendo gala de atención al trabajo de las rehalas en la mancha, después de la montería se acercó donde estaban recogiendo las rehalas y entre ellas vio al perrero de un buen amigo suyo. Queriendo quedar bien con ambos se interesó por una patermina que le entró latiendo por los rastros detrás de un vareto después de haber pasado éste cinco minutos antes.

- A ver, José, ¿por qué esa perrilla *pintá* en *colorao* tiene el *latío* tan fino?

- ¿*Cuá* *dise*, la "Sandalia"? Por qué va a *se*, niño, no ves que ha *sío* la de la última teta en su *camá*. Sus huesos te lo *disen*. Si las patas son como las cuerdas de una guitarra. *Ara*, lo tonta que ha *sío* en la ubre de la madre, *saspabilao* en el campo. ¿A que te gusta? Es que trae buena casta.

A eso el montero le relata el lance protagonizado por la inclita hembra canina, a la par que, progresivamente, en la cara del perrero se agudizan algunas arrugillas en la cara, tras las cuales se adivina la satisfacción. Para evitar que se le note la chochera, nuestro perrero tose y carraspea profesionalmente. Nuestro montero al final le pregunta:

- ¿Y vas a dejarla para cría?

- ¿Por qué no? Si su abuela por parte de padre era igual y dio luego al "Capitán", al "Torrija", y al "Colombo", que eso no eran perros, eran *trastore de caena* por la mancha. No se dejaban *ná atrá*. Tenían pico, pata y un corazón que no les cabía en el pecho. ¿Tú ve con *to* lo chica que *é*? Yo estoy seguro que cuando para va a dar leche *pa* cinco o seis cachorros.

- ¿Ya has pensado con qué perro cruzarla?

En ese momento nuestro José se remanga el cinturón, cuadra la carga y contesta con algo cogiendo por el collar a la protagonista:

- ¿Pero tú has *mira*o bien a la perra? ¡*Cucha* qué *andare* tan flamenco! ¡*Cucha* qué cara tan fina! Y mira qué maneras tiene andando por el campo. ¡A esta hija la gran puta no hay perro que no la quiera *caje*! Yo *na má* que entiendo de tías, pero si fuera perro ésta se *queaba* pa mí *na* más.

Ante esta retahíla de piropos, sobre todo ante la contundencia del último, al curioso montero no le queda otra cosa que terminar de tragar, como puede, el buche de lo que esté bebiendo, y despedirse, porque ante la última alocución del apasionado perrero no cabe más respuesta que una entrecortada despedida.

Después de esta conversación, el amigo José se queda tan satisfecho volviéndose con el resto de los perreros que, aprovechando la espera de los rezagados, estaban echando un taco al socaire.

A eso le pregunta otro perrero:

- ¿Y ese *zeñorito* qué quería?

Nuestro hombre, relamiéndose aún de las alabanzas, así como de lo bien que había explicado las cualidades de su "Sandalia", le contesta:

- Calla hombre, que menos mal que *cundo en ve* se encuentra alguno que sabe cagá en el campo. Ay madre...



en la mayoría de las ocasiones no mataremos al no llegar la punta del cuchillo al corazón, órgano que siempre debemos buscar. Personalmente procuro apoyarme en el cuchillo y dejarme caer encima. Si los perros me conocen meto la mano entre las cabezas para buscar el codillo y luego empujar con todo el cuerpo: una sola cuchillada y mortal hemos de procurar.

ENCIMA DE UNA CIERVA. Como siempre expondré un par de casos prácticos de remates y los elijo porque, por diversos motivos, las cosas no salieron bien. Es así como se aprende. Los lances que terminan en éxito o salen dramáticos o vistosos están muy bien para contarlos al amor de una bien cargada chimenea, pero aquí no estamos para colgarnos medallas y en este arte las medallas se cuentan por contusiones o cicatrices en nuestra piel. Si no, es que no ha habido verdadera "guerra" o hemos hecho las cosas perfectamente bien.

Ya he hablado de que ciervas y venados pueden tener tanto o más peligro que los marranos. Vaya pues una anécdota que lo corrobora. Monteábamos Carnicerías un día 5 de febrero de 2.004 y como ya tenía hecho el cupo que me asignó Fantoto, tan distraído estaba contándole a mi hijo cosas del campo, que sólo el ladrido de un perro me hizo salir de mi ensimismamiento y mirar en su dirección. ¡Sin saber cómo, se nos había echado encima una cierva con una mano colgando! El animal estaba entregado y aquel solitario perro no la mordía. Algún insensato le habría pegado en un agarre.

En vista de lo que allí pasaba, tiré de cuchillo y me dispuse a quitar de penar a la pobre cierva. Cuando llegué a ella intentó levantarse sin conseguirlo. Animé al perro a ver si se tiraba a sujetarla, pero no había manera. Esperé a que estuviera más "fija" en el can que en mí, y montándome a horcajadas para sujetarla, me dispuse a meterle el cuchillo hasta la cruceta.

¡Craso error! No bien sintió la fría punta del acero penetrarle las carnes, se puso de pie sacando fuerzas de flaqueza y ¡con un servidor montado a su grupa! Me lié a tirarle tajos a diestro y siniestro y más de una vez me vi estrellado en el suelo. La puñetera aguantaba más de lo que yo hubiera imaginado y con tanto salto no acertaba a quitarle la vida. Recuerdo las carcajadas de mi hijo, que lo que menos esperaba era un rodeo al más puro estilo americano. Pude al fin hundirle el cuchillo como es debido y se desmoronó aquella valiente, arrastrándose en su caída y dándome un respetabilísimo costalazo.

Lo último que debemos hacer con el cervuno es aquello que yo hice por más acabada que crea uno a la res. No menos frecuente es pisarle o sujetarle la cuerna al venado de turno. Conozco monteros muy señalados que han hecho un vulecito gratis y otros con muy serios golpes e incluso puntazos, y me limito a citar lo que he vivido en primera persona.

Pero lo peor es que una cierva te tire un manotazo. Somos muchos los de mi generación que vimos en Mesas Altas al perrero de Joaquín Natera, el famoso Cristiano, prácticamente abierto en canal por una "linda" animalita.

Pero si hablamos de cochinos narraré un caso muy pero que muy atípico e ilustrativo. Echábamos el 12 de febrero del 89 Don Quiles, una de las manchas que junto a las "Grijuelas grande y chica", componen los despropios del pantano de Puente Nuevo.

En el sorteo me tocó en suerte el 4 de la travesía de

Matafíos, una de las pocas armadas que desconocía de aquellos andurriales y se despertó en mí cierta inquietud ante tan impresionante nombre, máxime conociendo lo quebrado de la zona y que me acompañaba Isa, hoy mi esposa, que todavía no estaba demasiado fajada en el combate. Preocupado pregunté a Mané, máximo responsable de aquellos cachucheos, que me contestó tranquilizándome:

– ¡Qué va, es una traviesa que va costeando por una vereda y que no te va a dar ningún problema!

A nuestro turno dejamos los coches junto al corte del monte, en los limpios producidos por las subidas de nivel del embalse, y nos internamos en aquel mar de pinos sin realzar, que caracterizan a las repoblaciones de la zona.

Los primeros pasos estaban sucísimos y llegué a arrepentirme de no haber echado la repetidora en lugar del rifle porque allí habría que matar las reses a garrotazos, pero para mi sorpresa, al llegar a un arroyuelo nuestro postor para al 5, y doblando a la derecha, bajamos unas decenas de metros y se abrió un espléndido claro con unas lastrillas de piedra donde en su día no se pudo plantar un pino. Para colmo dábamos vista al cerro alto que caracteriza esta mancha que, aunque tapadísimo de pinos y por tanto no nos permitirían ver nada, sí íbamos a oír media montería.

Compuse el campo buscando las veredas que las reses tuvieran tomadas y arrancando un exagerado saco amarillo que señalaba el puesto, nos pusimos a distribuir chismes. Mientras yo cargaba rápido por si se movía algún venado levantado por las otras traviesas, Isa fue abriendo los catres y zurrones, y pidiéndole silencio, ya que estábamos en mitad de la mancha, me dispuse a esperar acontecimientos.

Soltaron a la media hora y más pronto que tarde empecé a sentir tirar a **Javier Jiménez**, que llevaba el “elegido” y que estaba en lo alto del antes mencionado cerro. ¡Aquello se animaba!

Ya mediada la montería por fin asomaron las rehalas y nada más trasponer dando cara a nosotros, se encendió una ladra de narices. Sin duda se trataba de una piara de cochinos ya que había corridas en todos los sentidos. Una de ellas tomó derecha a nosotros y recuerdo que se acercaba desacostumbradamente lenta.

El bicho, sin duda cochino, iba haciendo paraditas que pronto rompía para seguir bajando. La cosa me aparecía clara: o era un marrano grande o estaba herido, o las dos cosas a la vez.

Ya teníamos el lance en lo alto cuando para mi sorpresa hizo plaza el animal y de allí no se movía. Estaba cerca, a unos 50 metros, pero con tanto pino no acertaba a ver más que el blanqueo ocasional de los perros. Como la cosa no parecía tener fin decidí entrarle al remate, y advirtiéndole a Isa que no se moviera del puesto bajo ningún concepto, me fui aproximando buscando el aire bueno hasta que por fin pude ver lo que estaba pasando.

Sorprendido, observé entre los perros la marrana más larga que imaginarse pueda. Estaba rodeada por siete u ocho fieras y ni estaba herida ni era macho como yo había supuesto.

Francamente no sabía qué hacer. Tirarla no podía con los perros tan cerca y sin dejar de cruzarse, y a su vez éstos no la agarraban al no haber entre ellos ninguno de porte y la cochina tiraba cada bocado que daba miedo, castañeando la boca armada con unos dientes extraordinariamente largos.

■ Monterías y batidas



Las Mesas. 22 de octubre de 1.993. A este cochino le pegué un único tiro y consciente de que era un "aparato" y seguía vivo, subí a la carrera dispuesto a matarlo ante de que llegaran los perros. Por fortuna estaba frito. El venado de la derecha lo herí en las chimbambas y en cuanto que oí a los perros acercarse lo rematé de otro tiro. Cayó demasiado lejos para subir a rematar a cuchillo.

Servidor, quietecito, observaba la pelea escamado por la rara actitud de aquel animal y terminé por caer en la cuenta de que algo de cruce con casero tenía. El tiempo pasaba y en vano esperé a que llegara algún perro de fuerza. Por fin asomó entre los pinos un podenco amastinado que ni corto ni perezoso se le enganchó a un jamón animando a sus colegas a tirarse a morder. ¡Por fin había llegado el momento! Dejando el rifle contra un tronco tiré de cuchillo y con mucho silencio me fui arriando con la sana intención de meterle el "Muela" hasta la cruceta.

Estaba ya casi encima cuando por debajo oí:

—¡Lolo, ¿dónde estás?, ¿Qué pasa?!!

Era Isa que, lógicamente preocupada con mi tardanza, desobedeció mi orden de no moverse.

Quien sea montero sabe lo que pasa cuando los perros, en mitad de un agarre, extrañan una voz. De momento soltó el perro grande, se abrieron los otros, y servidor ya estaba viendo a mi novia en un serio apuro. En



ese instante, si hubiera tenido el rifle a mano, se hubiera acabado aquel asunto, pero no era el caso.

Para que la cochina no hiciera por ella empecé yo a darle voces como quien cita un toro en los medios, y como la tenía tan cerca se me metió entre las piernas dando bocados, que más parecía un lobo que otra cosa. Menos mal que muy brava no era y que los perros volvieron a hacer por ella, porque los zahones los tenía ya marcados, que me salvaron de salir pinchado. En tan inapropiada posición me agaché, le tiré un viaje de arriba a abajo de una manera que como dije a mí no me gusta rematar, pero que surtió el suficiente efecto como para hacerla perder las manos, momento que aproveché para quitarme de en medio y dejar que la rehala la parara de nuevo. La cosa ya no tuvo historia pues, aproximándome, le metí el cuchillo entre las costillas dejándome caer sobre ella y allí terminó sus días aquella "diabla".

La bronca que, en caliente, le metí a Isa fue de padre y muy señor mío, pero comprendí que, aunque obrando equivocadamente, lo único que le había movido a actuar así era la preocupación que por mí sintió. Como inteligente que es, no hicieron falta más explicaciones y recogiendo el rifle nos volvimos al puesto rumiando cada uno lo suyo. Aprendió la lección y vivió durante los siguientes años muchos agarres manteniéndose serena y donde mandan los cánones... menos en otra ocasión pero entonces.... ¡fue culpa mía y como ejemplo bien vale un botón! Se trata del agarre de la foto 1.